

EL SECRETO DE LA PALABRA REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION).¹

En este caso tendríamos que el artículo definido *a* no ha venido á la lengua en la forma que hoy tiene, sino vivificado por *i* y en la forma *ia* que ha sido su forma natural y su forma lógica: que los nombres definidos, de quienes dicho artículo es característica, tampoco han venido en la forma *su-a* (el fuego), *garr-a* (la llama), *išill-a* (el silencio), *kuku-a* (el cuclillo), *zozo-a* (el tordo), etc., que hoy tienen, sino en la forma *sui-a*, *garri-a*, *kukui-a*, *išilli-a* *zozoi-a*, que ha sido la forma de su artículo: que el auxiliar primitivo *au* (haber, poseer) tampoco en la forma que hoy se le conoce, sino en la forma *iau*, que ha sido su forma primera y su forma lógica.

Atendiendo, despues, al valor y signado de los dos factores *i a* de que consta dicho artículo, adivinaríamos fácilmente que *i-a* ha sido en los orígenes del lenguaje la imágen y símbolo de Dios *in actu*, esto es, en plena actividad, en plena posesion y en pleno dominio del universo sensible *a*, su obra; al paso que su radical inicial *i*, generadora del monosílabo *iz* (ser, existencia pasiva) ha sido á su vez la imagen y el símbolo de Dios-espíritu, Dios-idea *in posse*, esto es, tal y como le concibe nuestra imaginacion ántes de su revelacion en el universo sensible *a*, su obra.

Entónces quedaríamos sorprendidos al ver que el signo *i* se une en *a* sin confundirse con *a*, ni perder su personalidad; esto es, como Dios

(1) Véase pág. 488 del tomo XVII

i se une en el universo sensible *a*, sin confundirse con el universo, ni perder su personalidad; ó sea la facultad que le asiste de crear nuevos séres y nuevos ideales, para formar con ellos nuevos mundos, si así place á su divina voluntad. Nuestra sorpresa sería aun mayor al reparar que aquellos dos nombres *i* é *ia* que se unen y completan en la forma dicha, y de los cuales el primero ejerce las funciones de nuestros nombres indefinidos y el segundo las de los definidos, son ambos igualmente necesarios para darnos la noción de Dios creador: el primero *i*, porque sin Dios que anima y vivifica la naturaleza sensible *a*, esta no podría ser: el segundo *ia*, porque sin su revelacion en lo sensible, Dios *i* no sería conocido de su criatura.

Si despues de recogidos estos datos, fijamos nuestra atencion en la construccion y sintáxis de nuestra gramática, advertirémos que sus nombres indefinidos se unen y se completan en los definidos sin confundirse con estos ni perder su personalidad; esto es, como lo espiritual se une a lo sensible sin confundirse con lo sensible, ni perder su personalidad; y comprenderémos por qué razon el artículo *a* no puede ser, si no está vivificado por el nombre indefinido, y por qué este último dejaría de ser á su vez si no se completara en dicho artículo.

Entónces, teniendo presente que los séres ideales y espirituales emanan de Dios *i*, en quien se contienen, pero que se vivifican para el hombre en lo sensible *a*, devolveríamos á nuestros indefinidos *su*, *gar*, *išill*, *kuku*, imágenes de lo espiritual, su forma perdida, que ha sido *su-i*, *garr-i*, *išill-i*, *kuku-i*, como hemos devuelto la suya á los definidos *sui-a*, *garr-i-a*, *išill-a*, *kukui-a*, etc., y quedaríamos maravillados de la exactitud y fidelidad con que se reproducen en el lenguaje las leyes de nuestro pensamiento al leer en las páginas de nuestra lengua, que así como los séres sin distincion emanan de Dios *i*, y tienen una naturaleza superior que se une y se completa en una segunda naturaleza sensible *a*, así tambien las voces, imágenes de aquellos séres, nacen sin excepcion del signo *i*, imagen de Dios, y tienen por consiguiente una naturaleza superior que se une y completa en una segunda naturaleza sensible *a*.

Y esta maravilla subiría de punto al observar, fijándonos en el signado de nuestros auxiliares *iz* y *au*,=*iau*, que así como en nuestro pensamiento, de Dios espíritu, ser absoluto, nacen y en él se contienen los séres ideales que componen el mundo inmaterial y espiritual, diferente del material y sensible en que habitamos, así tambien

del signo *i*, imágen de Dios, nació su derivado el monosílabo *iz*, que es el nombre de aquellos séres ideales, y la característica de su pasividad cuando están contenidos en el seno del Señor, como la consonante *z* es la característica de su fijacion y limitacion bajo la forma de imágenes. Entónces sabríamos tambien por qué razon dicho monosílabo *iz*, transformado en verbo sustantivo ha pasado á designar la pasividad del ser ó sea la existencia pasiva. Con la misma claridad veríamos tambien que así como en nuestro pensamiento, de Dios presente en la creacion, Dios *in actu*, derivan y en él se contienen los séres espirituales é ideales que rigen el mundo material y sensible *a*, así tambien de su imágen *ia* nace á su vez su derivado el monosílabo *iau=au*, que es el nombre de aquellos séres y la característica de su actividad, como la vocal *u* es la característica del espacio en que se ejerce aquella actividad. Entónces tambien sabríamos por qué razon dicho monosílabo *iau=au*, transformado en el auxiliar activo de la lengua, ha pasado á designar la actividad del ser y su posesion sobre lo sensible con el signado de haber y poseer que tiene la misma. Mas tambien tendríamos motivos para maravillarnos al comprender que el verbo sustantivo *iz* se une y completa en dicho auxiliar para formar la conjugacion de la gramática humana, como el mundo espiritual se une y se completa en el mundo material y sensible, para formar la conjugacion de lo que podemos llamar con mucha propiedad gramática divina.

Pasando despues á otro órden de ideas, comprenderíamos que el pronombre de tercera persona *a* (él, ella) igual é idéntico en el bascuence al artículo definido *a* (él, ella), (ó aquel, aquella), tampoco ha venido á la lengua en la forma que hoy se le conoce, sino vivificado por *i* y en la forma *ia*, que ha sido su forma natural y su forma lógica; y fijándonos en el signado de los dos factores *ia* de que consta, así como en los oficios que desempeñan los pronombres personales, adivinaremos fácilmente que dicha tercera persona ha sido en los orígenes del lenguaje la imágen y el simbolo del alma racional *in actu*; esto es, en posesion del organismo sensible *a*, en que se vivifica, y en posesion tambien del lenguaje hablado y sensible *a*, en que se nos revela; y por el contrario su inicial *i*, radical generadora del monosílabos *iz* (voz, palabra, vocablo) hubiera sido á su vez la imágen y simbolo del alma *in posse*; esto es, tal y como le concibe nuestra imaginacion ántes de su vivificacion en el organismo *a*, su obra, y ántes

de su revelacion en el lenguaje hablado y sensible *a*, tambien su obra.

Entónces repararíamos que el signo *i* se une y se completa en *a*, sin confundirse con *a*, ni perder su personalidad, como el alma humana se une y se completa en el lenguaje hablado y sensible sin confundirse con él ni perder su personalidad; esto es, sin perder la facultad que le asiste de crear nuevas ideas y nuevas voces para emitir las al exterior y formar con ellas nuevas lenguas, como Dios, de quien es imágen, crea nuevos séres y nuevos ideales, y los emite al exterior para formar con ellos nuevos mundos; y nuestra satisfaccion sería completa al comprender que aquellos dos nombres, indefinido el primero y definido el segundo, son ambos igualmente necesarios para comunicarnos la nocion de nuestra persona: el primero *i*, porque sin el alma que vivifica el lenguaje, este no podría ser; el segundo, porque sin su revelacion en el lenguaje hablado y sensible *a*, el alma humana no sería conocida y la persona del hombre no podría ser.

Ahora bien; una vez obtenidos estos resultados nos sería imposible dejar de fijar nuestra atencion en los pronombres personales de nuestra lengua, que son *ni* (yo), *i* (tú), *a* (él); y al observar su especial estructura y su composicion con las letras *i*, *a*, que unidas en la forma *ia*, componen en nuestras análisis el nombre mismo de la persona, asaltarían nuestra mente las siguientes reflexiones que recomendamos á la atencion de los lectores porque constituyen la base firmísima sobre que descansa todo nuestro razonamiento.

En efecto; los pronombres personales ejercen en las lenguas habladas y conocidas el oficio de nombres de persona, y la constancia, añadimos nosotros, con que este hecho se reproduce en todas ellas sin excepcion, no tendría explicacion plausible si dichas partes gramaticales en consonancia con las funciones que hoy desempeñan en el lenguaje, y en consonancia tambien con la conciencia que nos asiste sobre la unidad originaria de este, no hubieran sido en sus primeros orígenes el nombre mismo de la persona. Mas prescindiendo de este hecho, cuyo interés no puede desconocerse, lo cierto es, y nadie podrá disputárnoslo, que las dos primeras personas *ni* (yo), *i* (tu), formadas ambas por aquel signo *i*, que en nuestras análisis ejerce las funciones de nombre indefinido de la persona, ejercen á su vez estas mismas funciones en nuestra gramática, y carecen de plural, como carecen de él todos los indefinidos euskaros; al paso que la tercera persona formada por el artículo definido *a*, originariamente *ia*, y la

cual aparece en nuestras análisis como el nombre definido de la persona, ejerce en la gramática de la lengua los oficios de nombre definido de la misma, y está dotado de plural como este último.

Mas como los gramáticos, al establecer la distincion de indefinidos y definidos, no han dado á conocer la razon en que descansa aquella clasificacion, nos es forzoso recordar á los lectores que el indefinido euskaro *garr* (llama), tomando esta voz como ejemplo de todas las demás, nos da á conocer el ser ideal *llama*, abstraccion hecha de lo sensible en que se nos revela: de otro modo el indefinido *garr* nos comunica la idea de la llama, y como la idea que tenemos de un objeto dado, cualquiera que sea es una é idéntica a sí misma aun cuando el objeto se reproduzca indefinidamente en la naturaleza, resulta que el indefinido euskaro carece de plural y es inhábil para distinguir los objetos entre sí y los unos de los otros dentro del género nombrado, que en el presente caso es la *llama*.

Por el contrario, el definido *garr-a* nos da á conocer el ideal *llama* en posesion de lo sensible, y como lo sensible se reproduce en la naturaleza, siempre distinto en cada reproduccion; el definido está dotado de plural y es hábil para distinguir dentro del género ó especie nombrada, los objetos entre sí y los unos de los otros: en el caso presente una *llama* de otra *llama*.

Pues bien; los pronombres personales *yo*, *tú*, designan á su vez el ser ideal *persona*, abstraccion hecha del lenguaje sensible en que se nos revela; al paso que la tercera persona designa el mismo ideal en posesion del lenguaje, como vamos á probarlo á continuacion. En efecto; la persona que habla (*yo*), lo hace porque está dotado de la facultad de hablar; y siendo esta la característica del alma racional y la condicion obligada de su existencia habrá que reconocer que dicho pronombre hace relacion al alma humana y á su facultad de hablar; y como el alma así considerada es una é idéntica á sí misma, y lo uno es opuesto á la variedad de que nace la pluralidad, resulta que el pronombre *yo* carece de plural y es inhábil para distinguir las personas entre sí y las unas de las otras.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)



Clasificacion de las mismas por idiomas.

En castellano	1119
En bascuence	2
En francés	58
En latin	2
En griego	10
En inglés	1
En aleman	19
Diccionarios y obras bilingües	4
Total general	1215

La Biblioteca pública municipal, situada en la planta baja del Instituto, se halla abierta al público todos los dias no festivos, de 10 á 12 por la mañana, y de 4 á 8 por la tarde.

**EL SECRETO DE LA PALABRA
REVELADO POR EL BASCUENCE.**



(CONTINUACION).¹

Repárese, en efecto, que cuando decimos *yo*, abrazamos en nuestra persona la humanidad entera, y como todas las personas, por el mero hecho de serlo, son otros tantos *yo*, resulta que este pronombre, característica muy hábil para distinguir el ser racional hombre de las demas criaturas nacidas, es, sin embargo, inhábil para distinguir las personas entre sí y las unas de las otras; y reúne, por lo tanto, todas y cada una de las condiciones de los indefinidos euskaros.

(1) Véase pág. 182.

De la propia manera la persona á quien se habla (*tú*) siendo la misma que habla con nosotros, deberá estar dotada de la facultad de hablar y son aplicables á ella todas las consideraciones precedentes, no siendo en realidad otra cosa que el *yo* que vemos en la persona de nuestro semejante: por esta razon, cuando decimos *tú*, abrazamos en la persona de aquel á quien hablamos la humanidad entera.

Por el contrario, la cosa ó persona de que se habla *a=ia* es aquella cuya situacion señalamos á la atencion de nuestro compañero, y como la situacion se define siempre y se determina por la extension y las formas que son propiedades de la materia sensible, resulta que dicho pronombre hace referencia á lo sensible que en las cosas es materia inanimada, en los séres el organismo vivo, y últimamente en el hombre su cuerpo y su lenguaje hablado, y como hay tantos cuerpos como personas, y tantos modos de hablar como hombres, resulta que las terceras personas estan dotadas de plural y son características muy abonadas para distinguir los sujetos ó personas entre sí y las unas de las otras, á favor de la variedad de sus cuerpos y de la variedad de su lenguaje.

De aquí ha nacido por un lado la resistencia inconsciente que han opuesto las lenguas á la pluralizacion de las dos primeras personas, y por otro lado el plural de que aparecen dotadas todas las terceras personas, bien fácil de comprobar, por cierto, en el latin, en sus hijas y en el bascuence.

En efecto; *ego* y *tu* cambian y se transforman en *no-s* y *vo-s* si han de recibir el signo de pluralidad *s* de la lengua latina; al paso que *ille*, *illa*, reciben directamente los suyos *i* y *æ* en *ill-i*, *ill-æ*: *je*, *tu* del francés cambian y se transforman en *nou-s*, *vou-s*, que son palabras distintas, si han de recibir el signo de pluralidad *s* de aquella lengua; al paso que *il*, *elle*, le reciben directamente en *il-s*, *elle-s*; *yo*, *tú*, del castellano cambian y se transforman en *no-s*, *vo-s*, que son palabras distintas, si han de recibir el mismo signo de pluralidad *s*: *io*, *tu*, del italiano cambian y se transforman á su vez en *no-i*, *vo-i*, que son palabras distintas, si han de recibir el signo de plural *i* de aquella lengua, la hija más directa del latin, en el que dicha vocal ejerce las mismas é iguales funciones.

En el bascuence, padre comun de las lenguas antedichas, es más visible aún este ejemplo. En efecto; *ni* cambia y se transforma en *gu*, que jamás recibe signo de pluralidad; *i* á su vez cambia y se transforma

en *zu*, que tampoco recibió el signo de plural euskaro que es *e*, *ek*, hasta tanto que se introdujo en la lengua el trato cortés y cuando á consecuencia de esta innovacion, ántes desconocida, pasó dicho pronombre á ejercer en el singular oficios análogos al *nous* francés y al *usted* castellano: y así como este último, forma alterada del pronombre compuesto *vos tu=vos-te=os-té=us-téd*, recibió el signo de pluralidad *s* en *voste-de-s=uste-de-s*, así también el euskaro recibió el suyo *ek*, en *zu-ek*, *zeu-ek*, (ustedes). Entónces *zu* (usted) quedó para el singular del trato cortés, y concluyó por acorrallar á su antagonista *i*, cuyo uso se halla, en efecto, muy limitado, excepcion hecha entre los jóvenes y criaturas que se valen de él en sus conversaciones: esta limitacion ha alcanzado tales proporciones que los gramáticos han llegado á desconocer la pluralidad originaria del *zu* euskaro, como tendremos ocasion de demostrarlo más adelante. En vista de las pruebas aducidas, es imposible negar que las dos primeras personas desempeñan los oficios de nombre indefinido; al paso que la tercera *a* desempeña los oficios de nombre definido; y como el indefinido en nuestra lengua se une y se completa en el artículo-pronombre *a* para formar el definido, resulta que la *i*, generadora de los pronombres *ni*, *i*, tuvo que unirse y completarse en la tercera *a*, en la forma *ia* para formar el nombre definido de la misma; de modo que el actual pronombre *a* no es más que el diptongo *ia* elidido en cumplimiento de las leyes que rigen la vida del lenguaje.

Para comprender la necesidad de esta elision basta fijar la atencion en los hiatos torpes á que daría lugar la union de la *i* con los pronombres actuales *ak*, *au*, *aurak*, *ayek*, *arechek*, *asse*, hiatos que deberian desaparecer en cumplimiento de las leyes fonéticas del lenguaje que no tolera nada que rompa la armonía del sonido, como la naturaleza no tolera nada que rompa la armonía de la forma; y si esta consideracion no pesara cual merece en el ánimo del filólogo, añadiríamos que la renovacion de la vida por medio de la muerte que es la ley de la naturaleza creada, es también la ley del lenguaje; y que en virtud de esta ley el signo *i*, generador de los pronombres citados, debía desaparecer una vez cumplido su destino para que su obra naciera viable; como desaparecen en la naturaleza los órganos que habiendo cumplido el suyo, se han vuelto incompatibles con aquellos á quienes han dado ser y vida.

Últimamente, si se nos objetara que los hiatos de que hemos ha-

blado podia suprimirlos la lengua, intercalando, como hace frecuentemente letras de ligadura, en este caso les mostraremos que el lenguaje economiza, en cuanto puede, la materia, como lo hace la naturaleza, de que es fiel imágen; porque sabe que el exceso de aquella léjos de favorecer dificulta el libre juego de sus voces, como dificulta en la naturaleza el libre juego de los órganos. Las columnas de nuestros huesos largos hubieran podido ser macizas, mas en este caso el exceso de peso, sin dar á aquellos órganos mayor solidez y resistencia, hubiera dificultado los movimientos de nuestros miembros; pero la naturaleza, que es un artifice sabio, supo evitar aquellos inconvenientes haciéndolas huecas y llenando sus cavidades de la sustancia medular, sin perjudicar su solidez y su resistencia.

Pues bien; del mismo modo procedió el lenguaje al suprimir aquellos hiatos, puesto que la adición de una letra de intercalacion, léjos de dar á nuestros pronombres mayor claridad y precision, haria por el contrario la dición torpe, confusa, embarazosa y dificil, impidiendo de este modo el desarrollo ulterior del lenguaje. Este experimento cualquiera puede comprobarlo por si mismo.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)





EL SECRETO DE LA PALABRA REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION).¹

Réstanos hacer una última observacion: en el mundo animado y personal del lenguaje, el artículo *a* ejerce funciones de un verdadero pronombre, con la sola diferencia anotada ántes por nosotros de que el pronombre personal *a* hace relacion al organismo humano y al lenguaje hablado y sensible, animados ambos por el alma humana *i*, nacida en Dios *i*, de modo que su forma natural y lógica sería *i-ia*, pero como dos letras iguales suenan como una, la expresion anterior equivale á *ia*. Por el contrario, en las cosas, dicho artículo *a* hace referencia á la materia inanimada, vivificada por un ser ó principio inmaterial emanado de Dios *i*; de modo que tomando la voz *garr-a=garr-i-a*, como ejemplo de todas las demás resulta qua el artículo *a* hace relacion á la llama sensible y visible, animada por aquella fuerza interna emanada de Dios *i*, y á la cual llama el lenguaje con mucha propiedad ser ideal ó espiritual; de donde resulta que la forma natural y lógica del definido es *garr-i-a* al paso que la del indefinido es *garr-i* y en el pronombre *i-i=i*.

(1) Véase página 316.

Una vez reconstituidos nuestros pronombres, fácil nos será explicar por qué razón siendo dos las voces que componen el nombre de la persona, son tres los pronombres que la representan. En efecto; dichas partes gramaticales hállanse destinadas para designar las personas que intervienen en nuestras conversaciones, y siendo tres estas, el hombre se vió obligado á separar el *yo* que ve en su persona, del *yo* que ve en la persona de su interlocutor: de otro modo; se vió obligado á separar la persona que habla de aquella á quien se habla, y al efecto dotó á la primera de la característica *n*, signo de posesion en la gramática primitiva, y derivó de este modo el actual pronombre *ni* que literalmente significa el posesor de la palabra. Entónces la primitiva *i*, restringida en su primera acepcion por la aparicion de la nueva característica, quedó limitada para expresar la segunda persona *tú*, é *ia* para la tercera. Por último este diptongo perdió su *i* inicial, segun hemos expuesto más arriba, y quedó transformado en el actual *a*.

Tal es el origen de los pronombres personales euskaros, de los cuales hemos de ver surgir la mayoría de los que contienen el bascuence, el latín y sus hijas.

Mas para que no se diga que aventuramos afirmaciones que no podemos sostener, creemos conveniente aducir pruebas bastantes para demostrar á los filólogos que la consonante *n* ha desempeñado de hecho en la gramática primitiva las funciones que le señalamos.

En efecto; dicha letra es el signo de genitivo posesor de nuestra declinacion, y el signo de genitivo posesor de las lenguas turanienses, habladas, por cierto, por razas bien diferentes de la nuestra. Pongamos ejemplos: *aita* (el padre), *aita-n* gen. (del padre); *artza* (el oso), *artza-n* gen. (del oso).=Lenguas turanienses.=Lapon: *attje* (el padre), gen. *attje-n* (del padre).=Suomi: *karhu* (el oso), gen. *karhu-n* (del oso).=Thérémise: *sinza* (el ojo), gen. *sinza-n* (del ojo).=Mordvine: *saelme*, gen. *saelme-n*. =Turco: *ev* (la casa), gen. *ev-en* (de la casa).=Aino: *teke* (la mano) gen. *teke-ou-n* (de la mano). Véase Charcey, «La lengua basca y Los idiomas del ural.»

Cuando el sujeto posesor pertenece á las cosas inanimadas, y la cosa poseida está en él, sin ser, no obstante, una de sus propiedades esenciales, en este caso dicha consonante que al unirse con el artículo *a* forma el monosilabo sufijo *an*, adquiere una expresion adverbial y el signado equivalente á la preposicion castellana *en* ó *dentro*: por ejemplo; *zeru-an urdiña* (el azul del cielo); *zeru-an dago* (está en ó den-

tro del cielo), esto es, en lo que pertenece al cielo (para el hombre primitivo las cosas poseen el lugar que ocupan); *ichaso-an murruskak* (los bramidos del mar); *ichaso an ito da* (se ha ahogado en el mar). Debemos hacer en este lugar la advertencia de que la sílaba eufónica *re*, que se usa en la baja Guipúzcoa, no es conocida en la parte alta de esta provincia, en cuyos pueblos se dice *ichasoa-n* en lugar de *ichasoa ren*; *aita-n*, en vez de *aita-ren*.

Pues bien; la misma modificación de sentido, de que hemos hablado arriba, sufre el genitivo posesor en las lenguas turanienses: ejemplo: *tyalme* (ojo) *tyalme-n* (en el ojo). Consúltese, para más detalles, el arriba citado Charencey.

Ahora bien; de la partícula *an* de que nos ocupamos nacieron sin género de duda la preposición latina *in*, las castellanas *en*, *d-en-tro*, la francesa *d-an-s*: ejemplos; bascuence *zeru-an*; latín *in cælo* (antepone nuestra partícula pospositiva); castellano *en* ó *dentro del cielo*; francés *dans le ciel*. En el plural estas mismas voces reciben la letra de ligadura *t*, nota de localidad, y sufren una ligera modificación. El mismo hecho se reproduce en el latín: pongamos ejemplos; bascuence *zeturetan* (en los cielos); *urietan* (en los pueblos); latín *Britan-ia*, *britanus=uritan-ia*, *uritan-us*, cambio de la vocal *u* en la consonante *b*; bascuence *moruetan* (en la morería, ó entre los moros); latín *mauritan-ia*, *mauritan-us*; bascuence *lezetan* (en países de valles profundos y barrancos); latín *lacretan-ia*, *lacretan-us*; bascuence *goišetan* (en los pajares altos), latín *cossetan-ia*, *cossetan-us*, etc., etc.

Luego si atendemos á los orígenes y signado de la partícula *an*, de que deriva la preposición latina *in*, habrêmos de reconocer que la consonante *n* ha sido á su vez el signo de genitivo posesor de aquella lengua, y desde este momento no puede atribuirse á la casualidad la terminacion en *m* de los genitivos de plural de aquella lengua; como *musaru-m*, *dominoru-m*, *hominu-m*, etc.

La característica de primera persona de nuestra conjugacion es la inicial *n* del pronombre *ni*: ejemplos, *n-aiz* (yo soy), *n-itzan* (yo era). Pues bien; aquella consonante *n*, transformada en su afin *m*, es á su vez la característica de primera persona en la conjugacion de las lenguas arianas y en el latín: ejemplos=Sanscrito: *as-mi* (soy yo).=Griego: *es-mi* (soy go)=Lituaniano: *es-mi* (soy yo).=Eslavo: *jes-mi* (soy yo).=Gótico: *i-m*, *is-mi* (soy yo).=Holandes: *a-m*, =Aleman: *bi-u* (soy yo), etc., etc.

Del pronombre de la primera persona ha derivado el bascuence los posesivos de la misma, y este mismo hecho ha debido reproducirse en las lenguas habladas, como se ha reproducido en el latín: pongamos ejemplos: bascuence *ni-ria* (el mio), *neu-ria* (el mio); latín *meu-s*, *me-a*, *meu-m* (mio, mia, mio), plural *noster*, *nostra*, *nostrum*, recíproco *mei*, *nihí*, *me*, plural *nos*, *nostrum*, *nobis*. (El bascuence carece de recíprocos.) La característica de tercera persona del plural *mu-s* no es más que el pronombre euskaro *neu*, dotado de la *s* de pluralidad de la lengua latina por transformación de nuestra *n* en su afín *m*.

Los pronombres algonquinos, dice Vinson en su tratado de lingüística y etnografía, son notables por su parecido con los de nuestra lengua: *ni* para la primera, *ki* para la segunda, y *o*, *u* para la tercera.

Las lenguas americanas, según veo en este autor, derivan sus posesivos de primera del pronombre de la misma *ni*: ejemplos.=Chippeway; *ni mittig* (mi árbol), *ki mittig* (tu árbol).=Lenape: *n' bittuk* (mi árbol), *k'hittuk* (tu árbol). Pudiéramos aducir algunos otros ejemplos para probar que las características de la primera persona en algunas lenguas americanas están formadas por la consonante *n* que en la gramática del bascuence ejerce las funciones de poseedor, lo mismo en muchas de sus más primitivas palabras que cuando se une al verbo ó á expresiones adverbiales: pongamos algun ejemplo; *jau-n* (el poseedor de los séres; *dau-n=du-n* (el poseedor que há ó tiene). Compónese de la tercera persona del singular del presente de indicativo del verbo auxiliar activo *dau* ó *du* (él há ó tiene), y del signo posesorio *n* que sirve de terminal á muchas de nuestras voces, por ejemplo; *zaldi-dun* (caballero), lit. el que há ó tiene caballo: *zaldu-n* (mayorazgo), lit. poseedor de campos ó de hacienda; *zal* significa campos y hacienda;=*dan*, *dana*, (todo); compónese de la tercera del singular del presente de indicativo de nuestro auxiliar pasivo *da* (él es) y de la *n* signo de posesion; de modo que literalmente significa la posesion de lo que es ó de lo que hay.

Veamos ahora lo que decia nuestro inolvidable Astarloa, hace ya un siglo, al hablar del pronombre *ni* en sus discursos filosóficos.

«En efecto, si reconocemos los idiomas en sus pronombres, halláremos usada la sílaba *ni* para indicar la primera persona de singular en las lenguas mogola, algonquina y bascongada. Veremos que las lenguas china, malabara y chiquita usan de la sílaba *ni* para dar á conocer la segunda persona; esto es, el *tú*, sin que podamos dudar

que este último uso es equivocado ó un trastorno de la radical ó análoga significacion que corresponde á la expresada sílaba *ni*, y que estas tres lenguas se valieron de dicha *ni* (*yo*) en el primitivo idioma para formar la primera y segunda, equivocándose en la aplicacion, pues por *yo* adoptó la chiquita la sílaba *ñi*, la china *ño* y la malabara *nan*, que como sílabas derivadas de *ni* habian de significar, no la primera persona *yo*, sino la segunda que es el *tú*, pues así lo exige el orden natural.

»Repárese igualmente en el *na* de los aimaras: la *ne* de la lengua mejicana: la *nu* de la pocompi: la *noa* de la cora: la *ñoka* de la kichua: la *inchi* de la araucana: la *nag* de la bilela: la *mija* de la maipura, avaca y hachagua: la *nuti* de la moja: la *añi* de la hebrea: la *ana* de la caldea y de la árabe literaria: la *eno* de la siríaca: la *en* de la húngara: la *ena* de la amarica, y se observará en todas estas voces, con que dan á entender las referidas lenguas el pronombre *yo*, la analogía y dependencia que tienen de la *ni* primitiva. Podíamos presentar recorriendo las lenguas otras innumerables voces con que se indican los pronombres de primera y segunda persona de singular y plural que no pudieron tener su origen sino en el pronombre *ni* (*yo*) que por su bella analogía con la persona que habla, hubo de ser una produccion de la misma naturaleza y propia del idioma primitivo, pero omitimos esta diligencia por no alargarnos demasiado.»

Estos ejemplos de nuestro lingüista, unidos á los que nosotros hemos aducido, bastan y sobran para probar que la consonante *n*, derivada de los anagramas *na*, *ana* ó *aña*; *ni*, *ñi*; *no*, *ño* con las cuales da á entender la criatura los deseos inmoderados de poseer que le aquejan, y que en el lenguaje infantil tiene el signado de *mi*, *mio*, á *mí*, ha sido en efecto en la gramática primitiva el signo de posesion de la misma.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)



EL SECRETO DE LA PALABRA REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION).¹

Si queremos, pues, atenernos á los resultados que arrojan las precedentes análisis, habrémos de reconocer: 1.^o que el artículo y pronombre definido *a* perdió su inicial en el indefinido *i* que lo anima y vivifica, y con él la forma *ia* que trajera á la lengua; 2.^o que dicho pronombre indefinido *i*, imágen del *Yo* que lleva el hombre dentro de su persona, representa lo que podemos llamar el verbo del entendimiento, del que nacen todas nuestras voces, mientras que su derivado el pronombre definido *ia*, imágen del alma en actividad, representa el lenguaje hablado y sensible, obra de aquel verbo; y 3.^o que el artículo indefinido *i*, imágen de Dios, representa el Verbo de la naturaleza, del que nacen todos los séres; mientras que su derivado el definido *ia*, imágen de Dios en la creacion, representa el universo sensible, obra del Verbo: luego, segun esto, las voces deberán ser á su vez las imágenes de los séres, si el bascuence quiere mostrarse consecuente con el principio mismo que sustenta.

En efecto; el lector ha tenido ocasion de ver que el monosílabo *iz*, engendrado por el indefinido *i*, significa *voz*, y significa tambien *ser*; por consiguiente, la consonante *z* es y debe de ser la característica de la voz ideal contenida en el verbo del entendimiento *i* en la forma *iz*, y la característica tambien del ser ideal contenido en el Verbo de la naturaleza *i* en la forma *iz* tambien.

(1) Véase pág. 353.

Pues bien; dicha consonante, más ó ménos modificada en la forma *š*, *št*, *üst* es la interjeccion de que se vale el hombre para imponer y designar el silencio; de modo que la onomatopeya del silencio es la característica del ser que emanado del seno de Dios, cruza los espacios y penetra los cuerpos más sólidos y resistentes, invisible, impalpable y silencioso; y la onomatopeya, tambien, de la voz ideal, que emanada del seno del alma, cruza la atmósfera y penetra en el cerebro de nuestro semejante, invisible, impalpable y sin hallar resistencia de ningun género. De ella nació en el bascuence la voz *išill* (silencio) y su derivado el verbo *išildu* (callar), y en latin el verbo *sileo*, cuya radical *sil* no es otra cosa que la voz euskara *išill* que en aquella lengua perdió su inicial *i*. Mas como las voces en el entendimiento y los séres en Dios existen virtualmente y en potencia, pero no en acto (*in posse*, mas no *in actu*), resulta que el monosílabo *iz*, su imagen, es á la par la característica de su pasividad: pues bien, esta característica de la pasividad del ser, ha sido con el nombre de auxiliar pasivo el verbo sustantivo de la gramática primitiva, y es hoy la radical que ha formado los actuales, el euskaro *iz-an*, el latino *es-se*, el italiano *es-sere*, el castellano *ser*, el francés *êt-re*, el alemán *se-in*, el inglés *be*, el griego *ei-mi*, el sanscrito *as-mi*, etc., etc.

La generadora *i* de dicho monosílabo, imagen del Verbo y característica de su pasividad, es tambien característica de pasividad dentro de nuestra gramática. En efecto, *i* es: 1.º el signo de dativo recipiente de nuestra declinacion; ej. *gizon* (hombre), *gizon-i* (á ó para hombre), *gizona* (el hombre), *gizonari* (á ó para el hombre); 2.º signo de recepcion de nuestra conjugacion, ej. *jat* (dial. bizc.) (se me es á mi), *jak* (se te es á ti varon), *jan* (se te es á ti hembra); 3.º signo de plural de sujeto paciente ó pasivo dentro de la misma conjugacion, ej. *da* (lo es), *dira* (lo son), *zan* (lo era), *ziran* (los eran): la *r* en estos ejemplos es eufónica: *dot* (lo he), *ditut* (los he); por último, su terminal *z*, característica de la pasividad del ser, es tambien característica de pasividad dentro de nuestra gramática.

En efecto; la *z* es: 1.º, signo de recepcion de nuestra conjugacion; ej. *deuzt* (él me lo ha, á mí), *deuztak* (tú, varon, me lo has á mí), *deuztan* (tú, hembra, me lo has á mí). En estos ejemplos la *z* hace relacion al pronombre recipiente, primera persona, *t*; 2.º, signo de sujeto paciente, ej. *zan* (lo era), *ziran* (los eran). La *i* pluraliza á la persona paciente *z*; 3.º, signo de plural de sujeto paciente, ej.: *dauka* (lo tie-

ne id), *dauka-z* (los tiene él), *deuzta* (él me lo ha), *deutzaz* (él me los ha), *dot* (lo he), *dodaz* (los he).

Tantas consonancias ¿son obra de la casualidad? ¿ó son por el contrario el eco fiel de las secretas armonías que median entre la palabra, facultad del alma, y el grito, manifestacion la más alta del organismo sensible, y entre éste último y el mundo exterior de que se sustenta, y en medio del cual vive? El lector tendrá ocasion de juzgar por sí mismo del mayor ó menor grado de verdad de nuestro supuesto á medida que desenvolvamos nuestra doctrina: entre tanto, procuraremos acumular nuevos datos.

En efecto; el triptongo *iau*, igual *au*, significa, segun hemos visto en anteriores artículos, ser en actividad y en posesion de lo sensible, ó lo que es lo mismo, el ser revelándose en el uniyerso sensible (*ia*), y que con este signado de *haber, posesion*, que le corresponde, ha sido el auxiliar activo de la gramática primitiva y es hoy la radical de que se han formado los actuales, el euskaro *iau-ki*, igual *au-ki*, el francés *av-oir*, el italiano *av-ere*, el español *ha-ber*, el inglés *hav-e*, el aleman *hab-en*, etc., etc.

Pues bien; *iau* significa la voz en actividad, esto es, revelándose en el lenguaje hablado (*ia*), y son prueba de ello: 1.º su derivado *iardun* (hablar), que debe su signado á su radical *iaur*, igual *iar* (habla), (*jar* en sanscrito significa gritar): 2.ª, *diaur*, igual *díar* (habla y grito), que es la misma anterior reforzada con la inicial *d*, letra de plenitud, como *bis*, (fuerza vital, principio de vida), es el monosílabo *iz* (ser, existencia), reforzado por la inicial *b*; 3.º la voz sanscrita *diauz*, la griega *theos*, la latina *Deus*, la castellana *Díos*, la vieja alemana *tiu*, todas las cuales significan la palabra revelada y derivan de la misma raíz que las euskaras *jaun*, *jaube*, las latinas *janus*, igual *jaunus*, *juno*, igual *jauno*, la griega *jobis*, igual *jaubis*, la hebrea *joba*, igual *jauba*. Los filólogos, para quienes son irreductibles estas voces, no obstante la significacion de Dios y Señor que tienen en sus respectivas lenguas, ¿qué dirán de esta explicacion que contiene la razon de aquel signado, ellos que tantas disquisiciones han hecho sobre este punto concreto para hallar una raíz que siempre escapa á sus investigaciones? 4.ª, *diautu* (llamar á álguien con la voz), 5.ª y último, el verbo guipuzcoano *diot* (yo digo), el bizcaino *dñot* (id.) y el latino *dico*, formados todos tres por la union de la voz antedicha *díar* con el auxiliar activo *dot*, *dozu*, etc., las que al que combinarse para formar dichos

verbos perdieron, en virtud de las reglas que rigen la composición, la 1.^a su terminal *ar* y la 2.^a su inicial *d* en la forma siguiente: *diar* (habla), al unirse con *dot* (yo he) transformóse en *díot* (yo he habla, ó yo hablo ó digo), como *biardot* (yo he necesidad), se transforma en *biot* (yo he necesidad ó yo necesito), y *baidot* (sí lo he) en *bot* (sí lo he), *diardozu* (tú has habla), en *diozu* (tú dices), como *biardozu* (tú has necesidad), en *biozu* (tú necesitas), *diardogu* en *diogu*, *biardogu* en *biogu*, *baidogu* en *bogu*.

Pues bien; este verbo irregular recibe en el dialecto de la alta Guipúzcoa y en todos los que se hablan en Bizcaya la letra de ligadura *ñ*, y cambia en *diñot* (yo digo), *diñozu* (tú ó usted dice), *diño* (él dice), etc. En el latín recibió á su vez la letra de ligadura *k=c*, y transformóse en *dikot=dicot*, y este último en *dico* por la pérdida de la *t* que en aquella lengua pasó á tercera persona; *dicozu* en *dicos=dicis*; *diko* (él dice) en *dici* y *dicit* por la adición de la *t* de la primera persona.

Luego, según esto, *iau=au* significa en el bascuence la voz en el habla y el ser en lo sensible, y por consiguiente su terminal *u* es la característica de la voz ideal, revelándose en el lenguaje hablado (*ia*), y la característica también del ser ideal revelándose en el universo sensible (*ia*), y como las voces en la palabra hablada y los seres en el mundo material se distinguen entre sí y los unos de los otros por el espacio que abarcan, y dentro del cual ejercen su actividad, resulta que su característica *u* es y debe ser la característica de aquel espacio si la lengua ha de mostrarse consecuente con su propia lógica.

Pues bien; *u* es la interjección de que se vale el hombre de todas las razas para designar el vacío; en una palabra, *u* es la onomatopeya del vacío que llena la inmensidad del espacio, y de ella ha derivado el bascuence entre otras muchas voces *uts* (vacío) *ua* (huequedad) usada en toponimia; el latín *vacuus=vacuus*, el castellano *vacío* (hueco, huero), etc. En resumen, las voces son las imágenes de los seres, y nacen en el alma del verbo del entendimiento (*i*) para vivificarse en el lenguaje hablado (*ia*), como los seres nacen en Dios del Verbo *i* para vivificarse en el mundo material y sensible (*ia*).

Por consiguiente, el nombre *gar* (llama), ha tenido que nacer necesariamente en *i* en la forma *garri*, y vivificarse en *ia* en la forma *garría*, con lo cual queda demostrado que la forma lógica de nuestro indefinido no ha sido *gar*, que hoy se conoce, sino *garri*, ni la del

definido ha sido *garr-a* que hoy tiene, sino *garría*, que ha sido su forma primera y originaria.

Para cerciorarse de esta verdad, puede el lector recorrer nuestros artículos anteriores, y podrá ver en ellos: 1.º, que el indefinido euskaro *gar* carece de plural, porque la voz ideal en el entendimiento de la cual aquel nombre es una imágen, es una é idéntica á sí misma, aun cuando la reproduzcamos diariamente en nuestras conversaciones, como el ser ideal en Dios, de quien tambien es imágen, es uno é idéntico á sí mismo, aun cuando se reproduzca diariamente en la naturaleza, y lo uno es opuesto á la variedad de que nace la pluralidad; 2.º, que el indefinido *garra* (la llama) está dorado de pluralidad por las razones antedichas que no queremos reproducir en este lugar; 3.º, que *gar* se completa en *garra* como la voz ideal en la voz hablada y el ser ideal en el ser sensible; 4.º, que el definido *garra* no puede ser en el bascuence si no está animado y vivificado por el indefinido *gar*, como lo sensible en la naturaleza no puede ser si no está animado por lo espiritual ó inmaterial, y como la voz hablada no puede ser en el lenguaje si no está animada por la voz ideal; de donde se infiere que el lenguaje tiene su mundo ideal y su mundo sensible, lo mismo que la naturaleza, de que es imágen; y 5.º y último, que el pronombre de tercera persona *a* es y ejerce las funciones de artículo definido, como el artículo definido *a* es y ejerce las funciones de un verdadero pronombre de tercera persona, con la sola diferencia de que en el primer caso hace referencia á lo sensible en el lenguaje que es el grito, al paso que en el segundo hace relacion a lo sensible en la naturaleza, que es la materia en sus mil formas.

¿De dónde creen los filólogos que proviene la analogía en la estructura de los artículos *el*, *la*, *lo*, y de los pronombres que son tambien *El*, *la*, *lo*? Y de dónde tambien la diferencia de sus respectivos signados?

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)





EL SECRETO DE LA PALABRA REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION).¹

Dejando á un lado estas cuestiones, cuya solucion se contiene en su misma explicacion, supongamos que el lector, más cansado de nuestras repeticiones que convencido de la verdad de nuestra doctrina, concluye, sin embargo, por dirigirnos las siguiente preguntas:

¿Qué son, pues, y qué representan esos factores de la palabra euskara y generadores de su gramática, los artículos *i*, *ia*, cuya reconstruccion ha procurado V. con tanto empeño? ¿De dónde proceden? ¿Qué mano los ha trasplantado al bascuence? ¿Y cuál es, en fin, la razon de las altas funciones que en él desempeñan?

Para contestar á estas preguntas, con el detenimiento que requieren, parécenos conveniente recordar: Primero: que dichos factores son letras del alfabeto humano, y que las letras son ¿por qué no decirlo? al lenguaje hablado, lo que los cuerpos químicamente simples son al universo creado; esto es, elementos y materiales primeros sobre los cuales ha edificado el hombre el edificio de su palabra, como sobre aquellos cuerpos simples cimentó Dios la obra de la creacion.

(1) Véase pág. 503 del tomo anterior.

Segundo: que dichas letras pertenecen al número de aquellas vocales madres, sin las que ninguna palabra podrá ser en el lenguaje hablado del hombre; y si además de esto reconocemos con los filólogos: 1.º, que la *e* no es sino una *a* debilitada, como la mujer (*e-mi*), de quien es el grito natural, no es sino el costado débil del hombre (*a-rr*); 2.º, que la *o* es una *a* alta y prolongada; y 3.º y último, que la *u* es una *i* modificada, habrémos de reconocer por lo ménos que los factores de la palabra euskara *i-a* son tambien los factores de la palabra humana, por extraordinario que nos parezca este hecho, y cualesquiera que sean por otra parte las consecuencias que de él se desprendan.

Tercero: que las letras del alfabeto humano son, segun lo demostró Astarloa, otras tantas interjecciones, y las interjecciones, además, de que se formó aquella primitiva gramática, de la cual habian de nacer más tarde las lenguas hoy habladas, como de los cuerpos simples arriba citados se formó tambien ¿por qué no decirlo? aquella materia cósmica de que surgieron más tarde los mundos actuales.

Cuarto: que los lingüistas convienen hoy en que todos los gritos humanos son reductibles á uno primero y fundamental *a*, del que nacieron los demás por transformaciones sucesivas, de que la fisiología no ha podido darnos aún una razon cabal y satisfactoria; como los químicos presienten á su vez que los cuerpos hoy considerados como simples son reductibles á uno primero y fundamental del que nacieron los demás por transformaciones sucesivas, de las que la química tampoco puede darnos una razon cabal y satisfactoria; de modo que á la unidad de la materia en el universo, corresponde la unidad de la materia en el lenguaje, puesto que el grito es la materia de la palabra. Luego, así como es la infinita variedad de los cuerpos que componen el universo creado, no hay ninguno que no haya sido formado por aquella materia primera y una, presente en todo cuerpo, así tambien en la infinita variedad de las voces que componen el lenguaje hablado, no hay una sola que no haya sido formada por aquel primer grito *a*, característica y *conditio sine qua non* de todo otro grito, y por lo tanto, el complemento obligado y necesario de toda palabra. *A*, es, pues, el artículo definido del bascuence, complemento obligado á su vez de la palabra euskara. Véanse nuestras análisis.

Últimamente, si alguien nos reprocha el empeño que mostramos en exhibir tantas analogías, responderemos que no debe extrañarse de

este empeño nuestro, cuando tratamos de probar que la palabra es el hombre, y el hombre es, y así lo reconocen todos, un pequeño compendio del universo *microcosmos*. Por el contrario, lo que pudiera extrañar no son aquellas analogías, sino el que los filólogos no se hayan fijado en ellas, ni hayan llegado á entender que las voces no son comparables á los séres, sino en cuanto se considere á estos últimos como ideales divinos, de otro modo no; y esta idea, preciso es decirlo, no ha penetrado aún en la mente del filólogo, ni penetrará hasta tanto que no se persuada de que la imágen de la palabra, obra de la razon humana, solo podemos hallarla remontándonos de la criatura al Criador, y de la tierra al cielo, en el que reside la razon suprema de todo lo que es y vive en la tierra, como en la mente del hombre reside la razon de todo lo que es y vive en el lenguaje. Mas dejemos estas reflexiones para proseguir nuestras investigaciones.

En efecto; ¿quieren saber los lectores lo que es y lo que representa aquel grito fundamental *a*, primera letra del alfabeto humano, y artículo definido actual del bascuence? Consulten, pues, á las comadres, á los tocólogos y á la observacion diaria y nunca interrumpida, y consulten tambien aquel dístico latino, citado por Astarloa y que dice así:=*Clamabunt a et e, quot quot nascuntur ab Eva; omnis masculus a nascens, e femina profert*=y no tardarán en saber que *a* es el grito que anuncia la vida del recién-nacido, y que este grito *a*, revelacion de la vida sensitiva del hombre, es la expresion de la sensacion que ha despertado en el organismo del niño la presencia y el contacto del mundo exterior en que ha penetrado y de cuyos materiales habrá de sustentarse más adelante.

Pues bien; por razones psicológicas que explicaremos más adelante, aquel grito inconsciente *a* pasará á ser en el lenguaje del hombre y en nuestra gramática la imágen y característica del universo sensible que lo ha provocado, y la imágen y característica tambien del cuerpo en que se ha producido, no de otro modo que la onomatopeya *kuku*, grito inconsciente á su vez en su primera produccion, pasó á ser la imágen y característica del ser ideal *kuku*, que lo habia provocado, y la imágen y característica tambien de la voz ideal *kuku*, que se habia producido en el cuerpo; y como todos nuestros gritos y sensaciones tienen su origen primero en aquel universo y se producen en el cuerpo, así tambien todas nuestras voces y palabras que son otros tantos gritos, nacerán en *a* y se producirán en *a*, de modo que este

grito *a*, *conditio sine qua non* de todo otro grito, pasará á ser el complemento obligado y necesario de toda palabra; esto es, el artículo definido del bascuence, complemento obligado á su vez de la palabra euskara. Véanse nuestras análisis.

Luego, según esto, nuestro artículo definido no es un signo casual ni convencional, sino un grito natural del hombre, y una verdadera interjección; y dada la lógica con que en todo procede nuestra lengua, debemos suponer que su generador, el indefinido *i* será á su vez un grito natural y una verdadera interjección. Pues bien; tenemos sobrados datos para afirmar que esta suposición nuestra es en todo y por todo verdadera.

En efecto, dicho indefinido *i*, como toda otra palabra, es una voz y un grito, y como este artículo es en el bascuence (véanse las análisis) la imagen de Dios y la imagen del alma, resulta que también debe de ser la voz y grito de Dios, y la voz y grito del alma, como el definido *a* es la voz y el grito de la naturaleza, y la voz y el grito del cuerpo; y así como este último *a* es la expresión de la sensación que ha despertado en el organismo del niño la presencia y el contacto del mundo exterior y sensible en que ha penetrado, así también el grito *i* es y tiene que ser la expresión de la sensación que ha despertado en el organismo del hombre la presencia y contacto de Dios, y como Dios está presente en el alma racional, resulta que *i* es la expresión de la sensación que ha causado la presencia de Dios en el espíritu del hombre: de lo contrario, el bascuence no se hubiera mostrado lógico.

Por las razones psicológicas arriba indicadas, este grito inconsciente *i* pasó á ser en el lenguaje del hombre y en nuestra gramática la imagen y la característica de Dios, que lo había vivificado, y la imagen y característica del alma, que lo había proferido, no de otro modo que la onomatopeya *su* de la llama, también grito inconsciente, llegó á ser la imagen y característica del ser ideal *su*, que lo había vivificado, y la imagen y característica de la voz ideal *su*, proferida por el alma; y así como todas nuestras ideas nacen de Dios, en quien tienen su origen primero, y se vivifican en el alma, en la que se producen, así también nuestras voces y palabras, como imágenes que son de aquellas ideas, tendrán su origen primero en *i* y se vivificarán en *i*, y de este modo, este signo *i*, *conditio sine qua non* de toda idea, pasará á ser el principio obligado de toda palabra, como el grito *a*, *conditio sine qua*

non de todo otro grito, pasó á ser el complemento obligado de la misma. En resumen: *i* representa la idea, principio de toda palabra y alma del lenguaje, como *a* representa el grito, su complemento; y así como el alma y el cuerpo, su complemento, unidos entre sí, vivificaron nuestra persona, así tambien aquellos factores unidos en la forma *i, ia*, como el alma se une en el cuerpo, vivificaron la palabra humana.

Luego, segun esto, el lenguaje, como todo lo que es y vive, tiene un alma y un principio vital, y esta alma y principio vital, no comprendido ni definido por el filólogo, es la palabra *i*, esto es, un grito animado y vivificado por la idea, y como el grito sea la manifestacion más alta de la vida sensitiva, puesto que solo se le encuentra en los organismos superiores y más perfectos de la escala animal, y como la idea sea á su vez la manifestacion más alta de la vida intelectual, resulta que la palabra *i*, alma del lenguaje, es la imágen perfecta y acabada del hombre, y como él espíritu y materia.

Y ¿no es una paradoja querer hallar aquella imágen en la planta y en los séres irracionales por el solo hecho de que tambien están estos dotados de vida? Pues bien; el principio de Schleicher, tan preconizado por los filólogos, adolece de este vicio, y por esta razon; su descubrimiento ha sido estéril en resultados prácticos, y ménos útil seguramente para el progreso de la lingüística, que la analogía entre la palabra y su signado, que ha servido á los lingüistas euskaros de base para sus investigaciones.

Mas si queremos conocer á fondo el alma del lenguaje, la palabra *i*, habrémos de contemplarla en la mente y en el habla, esto es *in posse* ó en potencia, é *in actu* ó en acto, siguiendo, al efecto, las enseñanzas del bascuence, que distingue con exquisito cuidado aquellos dos estados en todas sus voces.

La palabra *i*, considerada en la mente, es la imágen de Dios presente en el alma racional; mas como esta imágen ha sido grabada en la frente del hombre por las manos mismas del Criador, Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine, (David en su psalmodia), resulta que la palabra *i*, así considerada, es la obra de Dios, y la prueba cierta de que el Criador se ha revelado á la criatura. En este caso, *i* representa la facultad de hablar, él yo que llevamos dentro de nuestra persona, el verbo, en fin, del entendimiento, y ni la facultad de hablar, ni el yo, ni el verbo del entendimiento que en el fondo son una sola y misma cosa, son la obra del hombre. (Nota 1.^ª)

Por el contrario, la palabra *i*, contemplada en el habla, es la imágen del alma presente en Dios; mas como aquella imágen ha sido esculpida por el hombre en su propio grito, resulta que la palabra *i*, así considerada, es la obra del hombre, y la prueba cierta de que la criatura se ha comunicado con su Creador. (Téngase presente que *i* es el nombre de Dios, y que la palabra ha sido dada al hombre para conocer á Dios, alabarle y glorificarle). En este caso, *i* representa la facultad de hablar en su ejercicio, el yo revelándose en su palabra, el verbo del entendimiento, en fin, en accion, y el ejercicio y el uso que el hombre pueda hacer de aquella facultad le pertenece por la libertad y el libre albedrío de que ha sido dotado. (Nota 2.^a)

Nos hemos detenido en estas explicaciones, por la persuasion que nos asiste de que la filología ¿quién lo diría? no tiene una idea, siquiera aproximada, de lo que es y lo que representa el alma del lenguaje, cuya existencia y condiciones procuramos definir y precisar con tanto cuidado. En efecto, los filólogos saben que la idea de la palabra, el *yo*, es anterior, y ha precedido en el hombre á la palabra, como saben tambien que ésta es la revelacion ó manifestacion en el grito de aquella idea; mas por una extraña inconsecuencia, cuyas causas no podemos adivinar, olvidan al parecer que aquella revelacion no hubiera podido efectuarse, ni nacer la palabra á la vida del lenguaje, si el hombre no hubiera afirmado por medio de su grito, la existencia en su mente de aquella idea, esto es, de su *yo*, que es de hecho la idea de la palabra y el alma del lenguaje. ¡Pues qué! preguntamos nosotros ¿*yo* no está virtual y realmente presente en toda palabra? Y la realidad en el lenguaje ¿qué es sino la palabra misma? Luego *yo* estaba realmente presente en su palabra, ántes de que nacieran á la vida la infinita série de voces que componen el lenguaje, pues si una cualquiera de éstas la hubiera antecedido, ésta hubiera sido la idea de la palabra, y de ningun modo el *yo*, que no hubiera estado presente en aquella. Mas la razon y la conciencia nos dicen bien claramente, que *yo* es el alma del lenguaje, y está presente en todas sus voces, como Dios es el alma del Universo, y está presente en toda cosa creada; mas tampoco debemos olvidar, si no queremos incurrir en groseros errores, que el Universo es la obra de Dios, y siendo Dios Espiritu puro, el alma del universo es, y tiene que ser, á su vez, espíritu puro, mientras que el lenguaje es la obra del hombre, y siendo este espíritu y materia, el alma del lenguaje, es, y tiene que ser, á su vez,

espíritu y materia, idea y grito; en una palabra, la imagen fiel del hombre. Pues bien, como el hombre se completa en el universo sensible, de cuya naturaleza participa por su cuerpo, así también la palabra-idea *i*, alma del lenguaje, se completa en el grito *a*, imagen de aquel universo, de cuya naturaleza participa, á su vez, por el grito-sonido: este necesita de la atmósfera para producirse, aquel para respirar, etc., etc.

Dando por terminado este punto, pasemos á ocuparnos de otro, sobre el cual no se habrá fijado la atención del lector, pero del que no podrá prescindir el lingüista, si quiere formarse una idea clara de los orígenes y desarrollo de la palabra humana. Tal es el relativo á las analogías que median entre el grito y la palabra, y entre ésta y su signado, preciosa conquista que debemos á las sábias investigaciones de nuestro paisano Astarloa. En efecto, los gritos *i*, *a*, factores de la palabra, se corresponden con sus signados, mas se diferencian entre sí, y á su manera, tanto como se diferencian el espíritu y la materia, de que son imágenes y características. Veámoslo.

El grito *i* es, entre los acentos humanos, el más sutil y el más agudo y penetrante, aéreo, filiforme, y en virtud de estas cualidades, casi impalpable, invisible é inextenso. Pues bien; el espíritu, de que es imagen y onomatopeya, es á su vez, sutil, agudo, penetrante, invisible, impalpable é inextenso, y en virtud de estas cualidades, casi aéreo y filiforme. Por el contrario, la vocal *a* es, entre dichos acentos, el más natural y fácil, pues que basta abrir la boca para proferirla; pero es también el más fuerte y robusto, consistente, extenso, lleno, y en virtud de estas cualidades, impenetrable. Pues bien; la materia de que la *a* es imagen y onomatopeya, es, á su vez, natural, fuerte, consistente, extensa, llena, y en virtud de estas cualidades, impenetrable.

Luego es evidente que entre el grito y la palabra, y entre esta y su signado, existen, en efecto, afinidades secretas y analogías misteriosas, semejantes y parecidas á las que median entre el alma y el cuerpo, y entre el hombre y el universo, como es también evidente que el lenguaje humano está todo él basado en estas secretas analogías, cuya clave solo posee Aquel que las ha creado. Por lo que á nosotros respecta, sólo podemos afirmar que la palabra humana es una continuada onomatopeya de las armonías que el alma humana percibe en el universo creado, y por consiguiente, el lenguaje solo puede ser

comprendido y explicado, apelando al sistema filosófico de Pitágoras, y reconociendo, al efecto: 1.º, que los séres, al impresionar nuestro organismo, por medio de sus cualidades sensibles, dan origen en él á sensaciones variadas, cada una de las cuales despierta en el registro de nuestro pecho una nota ó un acento, que es como el eco y la repercusion de otro análogo que el alma ha percibido en el sér; 2.º, que estos acentos, agrupados luego por la razon humana, y trabajados por su inteligencia, han creado la maravilla de la palabra; 3.º, que cada sér lleva escrito su nombre en sus mismas cualidades, y que este nombre, impuesto por Dios á sus criaturas, solo ha sido revelado al hombre, el único entre los séres que posee la palabra en virtud de aquella revelacion; 4.º, que nuestro antecesor primero no tuvo necesidad de Doctores académicos para imponer y designar á las cosas por sus propios nombres, omne enim quod vocavit Adam animæ viventis, ipsum est nomen ejus. (Génesis cap. II); y 5.º y último, que la palabra es natural y es un don del cielo.

En resúmen; á las preguntas formuladas sobre el valor y los orígenes de los factores de la palabra euskara *i*, *a*, podemos contestar: que la primera es una interjeccion expresiva de la sensacion que ha causado en el hombre la presencia de Dios en su espíritu; y que la segunda es otra interjeccion expresiva de la sensacion que ha despertado en el organismo del niño la contemplacion del Universo sensible; que la primera es la revelacion de la vida intelectual, y la segunda la revelacion de la vida sensitiva. ¿Cuáles son, pues, y á qué orden pertenecen estas sensaciones? Para saberlo, será preciso que interroguemos á la fisiología, que es la ciencia que se ocupa del estudio del grito; y hé aquí lo que nos proponemos hacer en el capítulo siguiente, en el que nos ocuparemos del origen y formacion de la palabra humana, y de su mecanismo psicológico-fisiológico, tal y como nos lo enseña la gramática euskara, que es, entre las que se conocen, aquella que mejor y más fielmente refleja el espíritu de la primitiva.

EPÍLOGO

NOTA 1.^a Dios está presente en el alma racional por medio de su palabra *i*. Luego Dios está presente en su palabra *i*, y Dios es la palabra *i*, pues de otro modo no podria estar presente en nuestra alma. Ahora bien: la palabra *i*, el verbo de la naturaleza, es el ideal de la

Creacion *i*, *a*), y, siendo anterior á la Creacion, existia y debia existir en el principio. Luego, segun nuestra lengua, la palabra *i*, esto es, el Verbo Divino, existia en el principio, y Dios *i* estaba presente en su Palabra, esto es, en el Verbo, y Dios era el Verbo *i=i*=*In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum.*

Ahora bien: del seno de Dios, Ser Absoluto, y el Verbo de la Naturaleza, nacen los séres limitados que componen el mundo espiritual é ideal, y los cuales tienen en la mente del Señor su-existencia virtual y pasiva, en potencia, pero no en acto, *in posse*, y no *in actu*. Pues bien; del signo *i*, imágen de Verbo, nació en el bascuence su derivada *iz*, que es el nombre de aquellos séres; la *z* es la característica de su limitacion: este monosílabo *iz* ha sido el auxiliar pasivo, ó sea el verbo sustantivo primitivo de nuestra lengua, y es hoy el alma y la radical de que se ha formado el actual auxiliar pasivo *iz-an*.

Del Verbo en la Creacion, esto es, del Absoluto sensible nacen, y en él se contienen, los séres *in actu* que componen el mundo material y sensible, y los cuales se hallan en plena actividad y en plena posesion de los cuerpos que animan y vivifican, rigen y gobiernan con su presencia, y en posesion tambien del espacio que ocupan y dentro del cual ejercen su actividad. Pues bien; del signo *ia*, imágen del Verbo presente en la Creacion, nació, á su vez, su derivada *iau-au* que es el nombre de aquellos séres; *u* es la característica del espacio que ocupan, y este diptongo *iau=au* ha sido el auxiliar activo primitivo del bascuence, complemento del pasivo, y es hoy la radical del actual *iau-ki=auki*, cuya conjugacion es su obra. De estos dos auxiliares se han formado todos los verbos de nuestra lengua. (Véanse nuestras cartas lingüísticas.)

NOTA 2.^a El alma está presente en Dios por medio de su palabra *i*, que es el *yo*, el verbo del entendimiento. Luego el alma está presente en su palabra *i*, esto es, en el *yo*, el verbo del entendimiento, y el alma es la palabra, puesto que por medio de ella está presente en Dios. Privad, pues, al alma de su *yo*; le habréis privado de la idea de la existencia, y de la idea de Dios; y el hombre se confundirá con el animal. Ahora bien; segun nuestra lengua, la palabra *i* es el ideal del lenguaje, y siendo anterior á este, existia y debia existir en el principio. Luego, segun esto, la palabra *i* existia en el principio, y el alma *i* estaba presente en la palabra, y el alma era la palabra, esto es, el *yo*, el verbo del lenguaje.

Ahora bien; del seno del alma y de su palabra *i*, esto es, del *yo*, el verbo del entendimiento, nacen, y en ella se contienen, la serie infinita de voces que componen el lenguaje mental é ideal, mas estas voces existen en nuestra mente virtualmente y en potencia, mas no en acto, *in posse*, y no *in actu*; ó lo que es lo mismo para nuestro objeto, en estado latente. Pues bien; del signo *i*, imágen del alma y de su palabra, ó lo que es lo mismo, del *yo*, verbo del lenguaje, nació, á su vez, su derivada *iz*, que es el nombre de aquellas voces; la *z* es la característica de su limitacion dentro de nuestra mente.

Del alma y de su palabra, presentes en el lenguaje hablado, esto es, del *yo*, verbo del entendimiento presente en aquel lenguaje hablado, nacen y en ella se contienen las voces *in actu* que animan y vivifican la palabra hablada, pero cuya actividad está limitada al espacio á que se extienden. Pues bien; del signo *ia*, imágen del alma en el lenguaje hablado, nació, á su vez, su derivada *iau=au*, que es el nombre de aquellas voces. *U* es la característica del espacio que abarca cada una de ellas. Veamos ahora las sinonimias.

I, imagen de Dios, el Verbo de la Naturaleza= *i*, imágen del alma, el verbo del lenguaje= *iz*, imágen del sér en la mente del Señor= *iz*, imágen de la voz en la mente del hombre =*ia*, imágen de Dios en la Creacion, el Verbo en la obra= *ia*, imágen del alma en el lenguaje, la palabra en la obra= *iau=au*, imagen del sér en lo sensible= *iau=au*, imágen de la voz en el habla, que es bien sensible.

El que quiera confirmar estas sinonimias puede consultar, no el diccionario, sino las análisis de que han venido precedidas, y al apreciar su exactitud, podrá tambien apreciar el valor y la importancia que tiene la lengua que, al revelarnos el secreto de la palabra, nos ha revelado á la par el sentido profundo que encierran las palabras del Evangelista, cuando dice con nuestro misterioso bascuence *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum: i=i*.

JOSÉ DE GUIASOLA

(Se continuará.)



EL SECRETO DE LA PALABRA REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION).

Mecanismo Fisiológico-Psicológico de la palabra

Sus orígenes y formacion

Interrogada la Fisiología sobre los orígenes y el valor de los gritos *i*, *a*, factores de la palabra euskara, de los que tanto nos venimos ocupando, hé aquí la contestacion que nos ha dado esta ciencia.

El acento *i*, nos dice, es el grito natural, y la interjeccion del temor, como así lo demuestra el hecho cierto y bien comprobado de que el temor y demás pasiones deprimentes, lo mismo que el frio, agente físico, obran sobre nuestro organismo provocando el fenómeno contraccion; y la contraccion, actuando sobre nuestro aparato respiratorio, determina la constriccion, estrechamiento y oclusion de los conductos aéreos (glótis, laringe, tráquea, etc.) por donde debe pasar el aire para la emision del sonido; así es que, bajo la accion inmediata de aquellos agentes, el hombre no puede emitir otra nota que la aguda *i*, sutil y penetrante, como el temor de que es expresion, y como el frio de que es característica. Por esta razon, la palabra del miedo es sutil, aguda, penetrante, balbuciente, convulsa, entrecortada y esencialmente *i* típica, como el acento *i* que domina en ella.

Por el contrario, el acento *a*, nos dice aquella ciencia, es el grito natural de la alegría, como así lo demuestra el hecho no ménos cierto y probado de que la alegría y demás pasiones placenteras, de suyo ex-

pansivas, lo mismo que el calor, agente físico, operan sobre nuestro organismo determinando en él el fenómeno *dilatacion*; y esta dilatacion, actuando sobre los órganos de nuestro aparato respiratorio, determina á su vez la expansion, ensanchamiento y dilatacion de los conductos por donde debe pasar el aire para la produccion de los sonidos; así es que, bajo la influencia inmediata de aquellos agentes, el hombre no puede expedir otra nota que la extensa *a*, natural, fuerte y robusta, como la salud y la vida, de las que es bellisima caraterística, y extensa y expansiva, como la alegría y el placer, de que es expresion. Por esta razon, la palabra del hombre sano y lleno de vida es natural, extensa, fuerte, robusta y llena, como el acento *a* que domina en ella.

Pues bien; lo que la fisiología nos demuestra de un modo tan palmario, y nos lo confirma además la observacion diaria, viene á comprobarlo el bascuence con ejemplos elocuentes, que no podemos ménos de reproducir en este lugar, porque son hermosa muestra de las secretas afinidades que median entre nuestras ideas y sentimientos, y la palabra, su expresion. En efecto, bajo la influencia del temor y del frio, el semblante del hombre se contrae y pliega, los cabellos se erizan, y la piel se frunce, tomando el aspecto característico, conocido con el nombre de *piel de gallina*. Pues bien; aquellos pliegues, arrugas y fruncidos, llámense en nuestra lengua *izurr*, derivado de *izu* (temor, miedo), que debe su signado á su radical, la onomatopeya del temor *i*: *zu*, hace los oficios de un adjetivo encomiástico, como podríamos demostrarlo, si tal fuera nuestro intento.

La misma contraccion en los músculos, provoca aquellos movimientos involuntarios conocidos con el nombre de temblor, y este se llama en el bascuence *ikari*, cuyo signado se deduce fácilmente por el que tienen sus congéneres *arri-kari* (apederador ó pedrada), *adar-kari* (corneador ó cornada), *burru-kari* (reñidor ó riña), y teniendo presente que en estos ejemplos y en otros mil la partícula *ka* denota accion; *burdi-ka* (á carros), *burruka* (á cabezadas), *adar-ka* (á cornadas), etc., al paso que la terminal *ri* equivale á las desinencias castellanas *or*, *ero*, de modo que *ika* significa á *iii*, é *ikari* el que hace *iii*, y pinta, por lo tanto, el acto de temblar.

La misma contraccion en el aparato respiratorio, estrecha y constriñe, segun hemos visto más arriba, los bronquios, tráquea, laringe y glótiis, dificultando la entrada de aire en los pulmones, y como con-

secuencia de esta dificultad, se apodera de la persona un sentimiento de estrangulacion, cual si apretaran su garganta con un fuerte lazo, y si estos fenómenos se acentúan, sobreviene la asfixia, y por fin la muerte. Pues bien; la muerte por parálisis de los pulmones se llama en bascuence *ito* (ahogarse); y este nombre verbal, uno de los más primitivos del bascuence, se compone de la radical *i*, onomatopeya de la estrangulacion, y de la partícula verbal *tu*, ligeramente modificada en *to*.

La contraccion en el corazon altera y suspende los movimientos rítmicos de este órgano, cuyos latidos se interrumpen, ó bien se tornan irregulares, intermitentes, tumultuosos ó precipitados; la sangre entonces se paraliza en nuestras venas, la circulacion se suspende y apodérase de la persona un sentimiento indefinible de mortal angustia y de ansiedad precordial, cuya causa radica en los desórdenes de aquel órgano; mas si estos trastornos se acentúan, sobreviene el síncope y por fin la muerte. Pues bien; la muerte por parálisis del corazon se llama en bascuence *ill* (morir), palabra gráfica que se compone de la onomatopeya del temor *i*, y de la consonante *l*, que, como su afin *r*, significa algo como hacedor (dado á hacer ó unido á), como se ve en *entzunle* (oidor), de *entzun* (oir); *eu-le* tejedor de *eun* (lienzo); *egi-lle* (hacedor), de *egin* (hacer), etc., etc. La palabra castellana *ira* ha sido tomada de la euskara *ira*, que un día ha significado temor, como lo demuestran los verbos *irago* (pasar), é *irao-tu* ó *irago-tu* (pasarse, cortarse), que se aplica á aquellos á quienes el temor embarga los sentidos y paraliza los movimientos.

Por último, la actitud del temor es encogida, cual si quisiera sustraerse la persona al enemigo invisible que le amenaza, achicándose, encogiéndose y apelotonándose. Pues bien; la palabra euskara *bildurr*, (miedo), describe y pinta aquella actitud, pues que se deriva del verbo *bill-du* (reunir, amontonar), que debe su signado á su radical el monosilabo *bill*, formado por *ill*, reforzado con la inicial *b*, letra de plenitud. Es, pues, innegable que en la gramática primitiva del bascuence, *i* ha sido la onomatopeya del temor y de los actos que se relacionan con aquel sentimiento.

Por el contrario, *a* ha sido la onomatopeya de la alegría, así como de los actos y cualidades que se corresponden con las de la sensacion de que dicho acento es expresion, como pudiéramos probarlo con ejemplos análogos á los anteriores, pero á cuya presentacion renuncia-

mos, por no distraernos demasiado de nuestro objeto, limitándonos tan solo á consignar: 1.º, que dicho grito continúa siendo hoy mismo la exclamacion de la alegría en todos los pueblos y en todas las razas; 2.º, que, unido á la consonante *l*, ha formado el monosilabo *al*, radical de las voces *al-ai* (euskara); *alegre* (castellana); *allegro* (italiana), *aleluya* (hebreá).

Mas el grito *a*, es además el acento natural del hombre, y ha sido por esta razon su nombre primero en la lengua; (el hombre, en efecto, fuerte y robusto, canta, grita y habla en *a*); mientras que la *e* es el acento natural de la mujer, y ha sido su nombre primero en la lengua; la mujer, delicada y débil, grita, canta y habla en *e*. Por esta razon, este acento *e* ha sido en la gramática primitiva la onomatopeya característica de cuantas cualidades despertaron en el hombre de la naturaleza el recuerdo de las que adornan á su compañera, y que son hermosura, suavidad, encanto, delicadeza, fecundidad, etc. La *o*, que es una *a* alta y prolongada, ha sido la onomatopeya de la admiracion y la característica de todo lo que, siendo alto, excelso y prodigioso, suspende y maravilla nuestro ánimo. Por el contrario, la hueca *u*, en cuya prolacion, como muy bien dice Astarloa, el aliento llena toda la redondez de la boca, á la manera, decimos nosotros, que el vacío llena la inmensidad del espacio, ha sido la onomatopeya de la vacuidad, y de todas aquellas cualidades que despiertan en nosotros el recuerdo de las que asignamos á la vacuidad del espacio, de modo que el valor natural de las cinco vocales madres es como sigue:

A=salud, vida, alegría, extension, vigor y fortaleza. —*E*= alegría, suavidad, hermosura, encanto, delicadeza, debilidad, reproduccion y fecundidad. —*I*= temor y miedo, principio de toda religion, sutilidad, agudeza, penetracion, espiritualidad. —*O*=admiracion, asombro, excelstitud, altura, sobre, encima, proximidad.— *U*=huequedad, vacío, espacio, abundancia.

Resumiendo, pues, cuanto llevamos expuesto, resulta que los factores de la palabra euskara *i*, *a*, son, como muy bien pensábamos, el primero *i*, acento natural del temor, y el segundo *a*, acento natural de la alegría y de la vida, con lo cual quedan plenamente justificadas cuantas afirmaciones hemos sentado en otro lugar, apoyándonos en aquel supuesto. Réstanos, pues, señalar á los lectores la razon de su presencia en el lenguaje, y la razon tambien de las altas funciones que en él desempeñan, lo que nos proponemos hacer á continuacion, sin

que nos arredre la trascendencia de los problemas que deberémos abrazar y resolver, si hemos de alcanzar el fin que nos proponemos, esto es, el origen primero de la palabra.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)

ILLBERRI-DONE EDO KANPO SANTUETAKO OBIZDE BATZUEK

Estote parati (Luc. 12 — 40) *Zaudete prest.*

Eriotz ordurako
Beti prest dagona,
Jainkoaren graziyan
Bizi-dan gizona.

In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in æternum non peccabis. (Eccl. 7-40). Zere eginkizun guztietan oroitu-zaitez zedorren azkenkiaz, eta ez dezu egundaño pekatu rik egingo.

Zere egintza danetan
Jarri pensatzera:
Zere-zere azkenkiaz
Oroitzen bazera,
Pekatuban beñere
Erroriko etzera.



Et mortuo non prohibeas gratiam. (Eccl. 7 — 37) *Illdakoari ere egiozu mesede.*

Bizi zeran artian,
Erregu Jaunari;
Egiñ mesede ori
Ill zan lagunari.



EL SECRETO DE LA PALABRA REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION).

*Mecanismo fisiológico-psicológico de la palabra.
Sus orígenes y formacion.*

Es un hecho cierto, y universalmente admitido, que el hombre no ha podido conocer á Dios sin sentirse poseido de religioso temor y de profundo respeto; *religio, id est metus*, dice el adagio latino; y siendo la religion el medio por el que la criatura se pone en comunicacion con el Creador, es claro, y es evidente, que el conocimiento de Dios ha sido la condicion prévia y necesaria para que la religion pudiera nacer en el alma del hombre, y la religion ha nacido en el temor. Luego es evidente, volvemos á repetir, que el hombre no ha podido conocer á Dios, cuya majestad impone, sin sentirse poseido de religioso temor y de profundo respeto; de modo que, si bajo la influencia de este estado de ánimo no puede su pecho, segun lo hemos demostrado más arriba, emitir otro sonido que el acento *i*, sutil, agudo y penetrante, como la sensacion de que es expresion, es tambien claro, y es evidente, que este acento y no otro ninguno ha sido la exclamacion inconsciente que salió de aquel pecho al sentir la presencia de Dios, cuya grandeza espanta y confunde á su criatura.

Nihil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu, ha dicho el filósofo griego; y esta máxima ha sido reconocida por la ciencia como una verdad axiomática; por consiguiente, ó bien es preciso admitir

el hecho fisiológico de que aquí nos ocupamos, ó negar de lo contrario, al principio aristotélico el carácter axiomático que le ha sido sancionado por la ciencia.

Mas la ciencia nos dice tambien, y nos enseña que Dios es idea, y está presente como tal en nuestra alma; que el alma es tambien idea, y está presente como tal en nuestro pensamiento; y por lo tanto, es imposible desconocer que aquella exclamacion inconsciente é instintiva ¡, sin dejar de ser la expresion de una sensacion, esto es, un acto fisiológico, es á la par un grito animado y vivificado por la idea; esto es, un acto fisiológico-psicológico, como el hombre de quien es imágen fiel y característica, sin dejar de ser organismo sensible, esto es, un sér fisiológico, es á la par un cuerpo animado y vivificado por el alma; esto es, un sér fisiológico-psicológico.

Luego, segun esto, dicha interfeccion-grito que ningun otro sér ha podido proferir en la tierra, es, sin poderlo dudar, la imágen cabal y perfecta del hombre, tal y como le concebimos al salir de las manos de Dios, y en el primer momento de su creacion, esto es, dotado de la facultad de hablar, y de los medios necesarios para ejercitar aquella facultad. Tales son, en efecto, la idea, alma de la palabra, y el grito, organismo en que aquella se vivifica. Si, pues, suponemos, como suponer debemos, que Dios no ha dado á nuestra alma facultades inactivas, ni á nuestro cuerpo órganos supérfluos é innecesarios, será preciso confesar que la palabra fué impuesta ú otorgada al hombre por voluntad divina, y que el hombre habló y debió hablar para cumplir aquella voluntad, que es su ley, y realizar al mismo tiempo su propio destino.

Si hubiera procedido con esta lógica, no hubiera incurrido Whitney en su obra *La vida del lenguaje* en el error de sostener con tono de suficiencia, que el deseo de comunicacion, y no más que el deseo de comunicacion, fué el móvil principal que impulsó á hablar al hombre, cual si de este mismo deseo no participáran los animales, que tambien se comunican, pero no hablan; ni hubiera añadido que entre los medios de comunicacion de que dispone el hombre, eligió la voz como el más vivo, fácil y manejable, por la razon misma que eligió las manos para escribir, puesto que así como no puede decirse sin incorreccion manifiesta que el hombre eligió la inteligencia para pensar, la voluntad para querer, la estacion bípeda para andar, los ojos para ver, etc., así tampoco puede decirse que eligió la voz, y no el gesto ó mí-

mica para expresarse, pues la palabra, lo mismo que todas aquellas operaciones, tiene su razon de ser en nuestra misma persona, y la razon de nuestra persona reside en el Artífice que la ha creado. Últimamente, tampoco puede decirse sin manifiesta incorreccion, que desde de una obra científica, que el lenguaje es un resultado histórico y una institucion, pues alguna diferencia debe establecerse entre la palabra que se produce en nuestro organismo, y las instituciones que se producen fuera de él, aun cuando sea una verdad que estas últimas forman una parte integrante del lenguaje humano, en cuanto nos dan á conocer las sociedades que las han creado. Tales paradojas, debidas á la pluma de uno de los más ilustres representantes de la lingüística, nos ponen de manifiesto el desconcierto que reina en esta ciencia, que á pesar de sus decantados adelantos no ha podido aún elevarse á la idea clara y bien definida de que la palabra es ley de nuestra existencia, y que el hombre habló y debió hablar en cumplimiento de aquella ley.

En efecto; decimos, reanudando nuestro razonamiento, si habian de cumplimentarse las leyes que rigen nuestra vida fisiológica, (y es claro que estas leyes habian de recibir su cumplimiento) era preciso y de toda necesidad que aquella exclamacion inconsciente é instintiva *i*, expresion de una sensacion que se produce siempre por excitaciones venidas del muudo exterior, pero á las cuales no podemos sustraer nuestra persona, era preciso, repetimos, que dicha exclamacion fuera trasportada al alma, al través del cuerpo y de los nérvios sensitivos, sus naturales conductores, para quedar grabada en ella bajo la forma de una imágen semejante á la imágen de una nota musical; pues siendo tal el recorrido que siguen todas nuestras sensaciones para ser vivificadas por el alma, es claro que esta de que hablamos, no podía sustraerse á la ley comun. De lo contrario, la idea de Dios y la idea de la existencia, nunca jamás hubieran alumbrado la mente del hombre, como no han alumbrado la mente del bruto.

Pues bien; una vez aquella trasmision efectuada, el alma humana, que posee como una de sus más altas prerrogativas el principio de causalidad, pasó y debió pasar de la percepcion de aquel grito-sonido *i*, 1.º al ser ó principio que lo habia vivificado, Dios; 2.º al sér ó principio que lo habia proferido, el *alma*; y como en nuestra mente el efecto se une y enlaza con la causa, y el agente con la accion, así tambien la imagen *i* de aquel grito-sonido debió unirse y enlazarse

con la *idea-Dios* que lo había vivificado, y con la *idea-alma* que lo había proferido, de tal modo, y tan estrechamente, que no fué dado al hombre evocar una sola vez dichas ideas sin proferir interior ó exteriormente el grito sonido *i* grabado en las mismas; á la manera, decimos, que el músico no puede pulsar una sola cuerda sin despertar el sonido que la mano del artista imprimiera en la misma. De este modo, nació á la vida la palabra humana, natural y comprensible, como la interjeccion en que se vivificó, pero consciente y voluntaria, como la idea que le dió sér y vida.

En efecto, así como en el simil citado la pulsacion de las cuerdas de que nacen los acordes de la música en un instrumento bien templado es para el artista un acto consciente y expontáneo de su voluntad, y de su libre albedrío; así tambien la evocacion de las ideas de que nacen las armonías de la palabra en un cerebro bien organizado, es para el alma humana un acto consciente y expontineo de su voluntad y de su libre albedrío. Por esta razon aquel grito *i*, inconsciente en su produccion y fisiológico por su naturaleza, adquirió, al ser reproducido por las voliciones del alma y á impulsos de su *idea*, los caractéres de la palabra hablada, consciente en su produccion, y psicológica por su naturaleza, para transformarse en el lenguaje del hombre en la imágen y característica de Aquel que la había vivificado, Dios, y en la imágen tambien y en la caracteristica de aquel que lo había proferido, el *alma*; no de otra manera que la onomatopeya *kuku*, grito inconsciente en su primera produccion y oido en el cuclillo, se transformó en el bascuence en la imágen y característica del sér ideal *kuku*, vivificado por Dios, y en la imágen y característica tambien de la voz ideal *kuku*, proferida por el alma. Últimamente, como Dios es la idea de que emanan y á que vuelven todas las demás ideas, y el alma la idea madre, de que nacen en el hombre todas las otras; aquel grito *i*, imágen de Dios, é imágen del alma, llegó á ser tambien la imágen y característica de la idea; y por lo tanto, el principio primero de toda palabra, y el alma del lenguaje. En una palabra, *i* llegó á ser el artículo indefinido del bascuence, generador de todas sus voces, y alma de su gramática. Consúltense, en efecto, nuestras análisis.

Tenemos, pues; 1.º que la palabra es el complemento obligado y necesario de la idea, como el grito-interjeccion en que se vivifica, es el complemento obligado y necesario de la sensacion; de modo que así como la idea no es ni puede ser sin la palabra, así tambien la sen-

sacion no es ni puede ser sin el grito. En efecto; siempre que se produce una sensacion, nuestro cuerpo experimenta una conmocion ó sacudida, que es como la reaccion que el organismo opone á la impresion recibida, y de esta conmocion participan los órganos que componen nuestro aparato fonético; de aquí nace que cada sensacion tiene su modalidad propia y característica, con su nota ó acento propio tambien y característico en el registro de nuestro pecho; como cada cuerda tiene su modalidad propia y característica y su nota ó tono tambien propio y característico en el registro de un instrumento músico Véase lo que hemos dicho sobre la produccion de los gritos *i, a*.

2.º, que entre la palabra y el grito existen los mismos estrechos lazos que entre la idea y la sensacion en que la idea se vivifica, y entre el alma y el cuerpo en que el alma se vivifica.

3.º, que siempre que una sensacion se eleva á la categoría de la idea, el grito, su complemento, se eleva á la categoría de la palabra expresiva de aquella idea; de modo que, así como por el grito adivinamos la sensacion, y por medio de esta llegamos á conocer el objeto material y sensible que lo produjo; así tambien por la palabra adivinó el hombre la idea, y por medio de esta llegó á conocer el principio inmaterial que en nuestra mente se une al objeto material y sensible, principio cuya nocion constituye como el fondo y la esencia de la idea. Si Whitney, á quien ántes hemos aludido, hubiera tenido presente esta sencilla verdad, no hubiera incurrido en la herejia lingüística de sostener con tono de autoridad y de suficiencia, que la palabra no existe á *natura*, si por tal se entiende que hay en la naturaleza del individuo ó en la naturaleza de las cosas una causa de la existencia de la palabra, determinante y necesaria; pues que esta causa existe y se llama la idea, que se vivifica en la sensacion, como el espíritu se vivifica en el cuerpo, y como Dios se vivifica para el hombre en el Universo.

4.º, que todas las voces que componen el lenguaje humano se han formado obedeciendo á las anteriores leyes, sin exceptuar las nuevas que diariamente, y á nuestra vista se introducen en las lenguas; puesto que aún estas no son aceptadas si no interpretan los sentimientos de los respectivos pueblos con la misma fidelidad con que la interjeccion interpreta la sensacion de que es expresion; de lo contrario, no hacen fortuna.

5.º y último, que la palabra es una continuada onomatopeya de las

melodías que el alma humana percibe en el Universo, y en los séres en él contenidos, como ya lo hemos demostrado en su lugar. En efecto; si el lector se ha fijado en el mecanismo de la palabra, tal y como lo hemos dado á conocer, habrá reparado con nosotros que la imágen *i*, de que tanto nos ocupamos, (*Dios-idea, alma-idea*) no hubiera sido en nuestra mente si Dios no se hubiera revelado en el Universo; mas Dios no se ha revelado al hombre en toda la plenitud de su sér, esto es, en su esencia; sino á favor de su facultad creadora, la palabra *i*, que emanada de su seno y cruzando espacios imaginarios, vino á depositarse en el alma humana, para despertar y vivificar con su presencia aquel grito inconsciente *i*, en el cual llegó á conocer el hombre el ideal de su palabra, el verbo del entendimiento; en una palabra el yo que lleva dentro de su persona, esto es, su propia alma. El acento *i* sutil, agudo, y penetrante, como la palabra de que es imágen, no es, pues, sino el eco y la repercusion de la palabra divina *i*, esto es, una verdadera onomatopega.

Por el contrario, la misma imágen *i* no hubiera sido en el lenguaje hablado, si el alma humana no se hubiera revelado en el cuerpo, y el alma humana no se ha revelado á su vez al hombre en toda la plenitud de su sér, esto es, en su esencia, sino á favor de su facultad creadora, la palabra *i*, que emanada de su seno y transmitida al exterior, al través del cuerpo y de sus nérvios motores, llegó hasta el seno de Dios salvando al efecto las distancias que de Él nos separan. Luego segun esto, la palabra que el psicólogo no ha sabido aún definir, *es la suma de las facultades por las cuales se nos revela el alma*, y como toda produccion, así industrial como artística y literaria, es la obra de aquellas facultades, resulta que tambien es la obra de la palabra, de la cual no carecen seguramente los mundos, aunque se hallen incapacitados de revelárnosla por medio del grito; y es que la palabra no es una funcion del nérvio auditivo. Así es que toda institucion humana, todo monumento artístico y literario, comenzando desde la tosca hacha de piedra, de que le suponemos armado al hombre de la edad de piedra, y concluyendo en los portentosos medios que el progreso de los tiempos ha puesto á disposicion del hombre actual, toda manifestacion, en fin, del espíritu humano es, y forma una parte integrante y constitutiva del lenguaje del hombre, porque todo ello es la obra de su palabra. Si el psicólogo lo hubiera comprendido así, nos la hubiera definido diciendo que es el *alma*, tal y como nos es dado conocer-

la en esta vida, al paso que el lingüista nos la hubiera definido diciendo que es el hombre, tal y como le conocemos en todos los países y en todas las edades.

Mas dejemos á un lado estas disquisiciones, y ciñéndonos mejor á nuestro objetivo, recordemos en este lugar que la palabra no hubiera nacido de la vida: 1.º, si Dios no se hubiera revelado en el Universo; 2.º, si el alma no se hubiera revelado en el cuerpo, pues solo teniendo presente estas dos condiciones necesarias para su produccion, podremos sorprender la presencia en el bascuence de su articulo definido *a*, complemento obligado de la palabra *euskara*, como el indefinido *i*, de que nos hemos ocupado, es su principio primero y su principio necesario.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)



gaz, bere besoak dindilizka, eta eskuak deslayan teklabillo mututuaren gañean.

Fray Tomasek bere azkeneko zotiña emon eban, *Dies iræ, egun iŕe-taldikoaren* berbakgaz batean.

Arrezkero gaurko eguneraño, artista andi, biursari gogargitu aren dokanta, difuntuaren kantua da.

ISIDORO RUIZ ARBULO ETA GOROSABEL-KOAK

EL SECRETO DE LA PALABRA REVELADO POR EL BASCUENCE.

(CONTINUACION).

En efecto, es una verdad reconocida y universalmente admitida, que Dios, al completar la creacion, quedó complacido de su obra, como es otra verdad que el alma, al vivificarse y completarse en el cuerpo, no pudo sustraerse á un movimiento involuntario de congratulacion y de viva alegría, debido á la satisfaccion que experimentó al ver que Dios le habia otorgado los medios necesarios para realizar en la tierra su alto destino. Pues bien, si bajo la influencia inmediata de las pasiones placenteras, cual lo hemos probado más arriba, no puede el pecho del hombre emitir otro sonido que el acento *a*, extenso y expansivo como la alegría de la vida, es claro y es evidente que este acento, y no otro alguno ha sido la exclamacion inconsciente que salió de aquel pecho al sentir en sí mismo la presencia y el contacto de aquella naturaleza sensible en la cual se vivifica su alma, y de la cual se sustenta su cuerpo. ¿Recuerdan ahora los lectores lo que hemos dicho de este acento humano, grito que anuncia la vida del recién nacido? Y ¿qué es este grito primero de la criatura, si no es la reve-

lacion de nuestra vida sensitiva? Luego no necesitamos remontarnos á los orígenes del hombre para saber y afirmar con plena seguridad, que dicho acento *a* ha sido la exclamacion inconsciente que salió del pecho del hombre al sentir la presencia y el contacto de la naturaleza sensible, en la cual se vivifica su alma, y de la cual se sustenta su cuerpo.

Pues bien; si habian de cumplimentarse las leyes que rigen nuestra vida fisiológica (y claro es que estas recibirian su cumplimiento, segun hemos manifestado en otro lugar) era preciso y de toda necesidad que aquella exclamacion inconsciente é involuntaria *i*, fuera trasportada al alma, al través del cuerpo y de sus nervios sensitivos, para quedar grabada en ella bajo la forma de una imágen semejante á la imágen de una nota musical. De lo contrario, la idea de la creacion, consecuencia lógica y necesaria de la idea de Dios, nunca jamás hubiera alumbrado la mente del hombre, como tampoco ha alumbrado la mente del bruto.

Pues bien; una vez aquella trasmision efectuada, el alma humana, por razones que indicamos en su lugar, pasó y debió pasar de la percepcion de aquel grito sonido *a*, 1.º al sér al ó principio que lo habia vivificado, Dios, *i*, Verbo de la naturaleza; 2.º al ser ó principio que lo habia vivificado el alma, *i*, verbo del lenguaje, y como en nuestra mente el efecto se une y enlaza con la causa, y el agente con la accion, así tambien la imágen *a* de aquel grito-sonido se unió y enlazó con la imágen *i*, de tal modo, y tan estrechamente, que no fué dado al hombre evocar una sola vez la idea-Dios-Verbo revelándose en el universo sensible, su obra, ni la idea-alma-palabra, revelándose en el lenguaje, tambien su obra, sin proferir interior ó exteriormente la doble onomatopeya *ia* grabada en dichas ideas, como e músico repetimos en este lugar, no puede pulsar una sola cuerda sin despertar el sonido que la mano del artista imprimiera en la misma.

Mas como la evocacion de las ideas sea un acto consciente y expontáneo de nuestra voluntad, y de nuestra conciencia, aquel grito *a*, inconsciente en su primera produccion, y fisiológico por su naturaleza, adquirió en virtud de su reproduccion por las voliciones del alma, y á impulsos de su idea *i* los caractéres de la palabra hablada, consciente en su produccion, y psicológica por su naturaleza, para transformarse en el lenguaje del hombre en la imágen y característica del universo sensible vivificado por Dios *i*, y en la imágen tambien y

en la característica del lenguaje hablado y sensible vivificado por el alma *i*. Y como lo sensible en el lenguaje es el grito, *a* llegó á ser la imágen del grito, y por lo tanto, el complemento obligado y necesario de la palabra, es decir, el artículo definido actual del bascuence, complemento obligado á su vez de la palabra euskara, como el indefinido *i*, imágen de la idea, es su principio primero, y su principio necesario.

Resumiendo tenemos, pues: 1.º que *i* (Dios, alma, verbo, palabra, idea) no hubiera sido conocido si no se hubiera revelado en *a* (universo, lenguaje, naturaleza, grito:) 2.º que *a* no sería si no estuviera animado y vivificado por *i*, como lo sensible, de que es imágen, no sería si no estuviera animado y vivificado por lo espiritual. 3.º, que *i* se unió y se completó en *a*, sin confundirse con *a*, ni perder su personalidad, esto es, en la forma *ia* exactamente, como Dios se une y se completa para el hombre en el universo, sin confundirse con el universo ni perder su personalidad, y como el alma se une en el lenguaje, y la idea en lo sensible y la palabra en el grito. 4.º, que *i*, es la imágen de Dios-idea, Dios-espíritu, in posse, esto es, tal y como lo concibe nuestra imaginación ántes de su revelación en el universo por él creado; y la imágen también del alma-idea, alma-espíritu in posse, esto es, tal y como la concebimos ántes de su revelación en el lenguaje, su obra, al paso que *ia*, es la imágen de Dios-idea, Dios-espíritu, in actu, esto es, en plena actividad, y en pleno dominio de la creación su obra, y la imágen también del alma-idea, alma espíritu, in actu, esto es, en plena actividad y en plena posesión del lenguaje, también su obra. 5.º, que *i* es la imágen del Verbo-idea, Verbo-espíritu, en Dios, y la imágen también de la palabra-idea, (la palabra mental), en el alma; al paso que *ia*, es la imágen del Verbo en lo sensible, y la imágen, también de la palabra en lo sensible, esto es, en el grito. 6.º, que este acento *i*, sutil, agudo y penetrante, como el temor, de que es expresión, y como el espíritu, de que es onomatopeya, es el grito-revelación de nuestra vida intelectual, al paso que *a*, natural y expansiva, como la alegría de la vida, de que es expresión, y como lo sensible, de que es onomatopeya, es el grito-revelación de nuestra vida sensitiva.

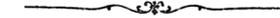
Ahora bien; una vez sentados estos precedentes, nada más fácil de comprender que la formación de los nombres de los cuales habían de nacer más tarde las demás partes gramaticales de nuestra lengua,

pues basta para ello tener presente, que así como todos los seres sin distincion nacen en Dios *i*, en quien tienen su origen primero, y se vivifican y completan para el hombre en lo sensible *a*, en la forma *i*, *ia*, así tambien todas las voces, sin distincion, nacen en el alma *i*, en quien tienen su origen primero, y se vivifican en lo sensible *a*, en la forma *i*, *ia*, que ha sido la forma lógica, y la forma primera de nuestros dos artículos indefinido y definido. Pongamos, pues, algunos ejemplos para que el lector pueda formarse una idea clara de la sencilla lógica que ha presidido al desarrollo del lenguaje humano, no ménos que del bascuence.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará.)

GABON GABEKO MIRARIA.



AMALAUDUNA.

Aldospe batera aingeru pilluak
 Dakustaz zerutik urreratuten,
 Euren soñu eta kantu aín gozuak
 Entzula guztia dau zoratuten;
 Uda barria gaur dirudi neguak,
 Gaba bere dakust nik egunduten,
 Artzaiñak bildos ta esnedun kaikuak
 Artuta kobara dira elduten.
 Ikusgeyok nabe osoro poztuten,
 Beste pozgei bat dot, baña obea,
 Ama bat dontzella dala geldituten,
 Jayo egin jaku Jesus Umea;
 Jaungoiko bat gizon gaur da agertuten
 Izanik len gauza gorputz bagea.

FELIPE ARRESE TA BEITIA.

Ochandion, 1888-ko Gabon gabea.
